

Biografía Pre-Textos acaba de traducir al castellano la biografía de la poetisa polaca Wislawa Szymborska, premio Nobel, escrita por dos compatriotas más jóvenes, y que hablaron con la propia autora y sus coetáneos

La vida bohemia y libre de Wislawa Szymborska

CARLES BARBA

Los lectores que sienten por Wislawa Szymborska un fervor especial están de enhorabuena. Pre-Textos acaba de traducir su biografía, escrita por dos compatriotas generacionalmente mucho más jóvenes, y que se han tomado el trabajo de hablar con sus amistades y coetáneos, de contrastar con ella misma algunos episodios, y sobre todo de rastrear en sus cientos de reseñas de libros, claves autobiográficas, gustos y fobias, y el enigma de su gesto creador. *Trastos, recuerdos*, además, intercala docenas y docenas de fotos de las distintas etapas de su vida (la infancia en su natal Poznań, la juventud en Cracovia, los primeros viajes a París, etcétera), así como muchas de las postales-collage que enviaba a sus colegas e íntimos, y en las que daba

El hombre de su vida, Kornel Filipowicz, era una especie de caballero andante polaco

rienda suelta a su humor juguetón.

La pesquisa de Anna Bikont y Joanna Szczesna es tanto más meritoria cuanto que Szymborska siempre se mostró reacia a desvelar su pasado, y consideraba además que las cosas que de verdad importan en una trayectoria –véase su sarcástico poema sobre los currículos– no deberían ser hechos, ni fechas, ni la clase de logros que la opinión pública suele aplaudir. Consecuentemente, las autoras han tomado en consideración los acontecimientos de su existencia (al fin y al cabo *an uneventful life* sólo superada por una Emily Dickinson) pero sobre todo han tratado de mostrar los entresijos de su psique, un carácter entrenado por su padre desde niña a ocultar las tribulaciones y a mantener el tipo. Muy pronto hubo de poner a prueba su flemma porque, cuando contaba 16 años, Hitler invadió Polonia y tuvo que emplearse como ferroviaria para evitar ser enviada a un campo de trabajos forzados. Al parecer Wislawa mantuvo de mayor una gran reserva sobre estos años bélicos que desestabilizaron su aprendizaje escolar y universitario. Pero dice mucho de su temple



Wislawa Szymborska, en su casa de Cracovia

KIM MANRESA

que en la inmediata –y durísima– posguerra, y muerto ya su querido padre, se mudase en Cracovia a la llamada Casa de los Escritores, se casase con uno de ellos (el poeta y crítico Adam Wlodek), y a pesar de habitar en un ínfimo piso con un frío glacial, enseguida interaccionase con otros vecinos del edificio –entre ellos el dramaturgo Sławomir Mrożek o la viuda del legendario I.S. Witkiewicz– y entre todos se divertiesen de lo lindo, improvisasen piezas teatrales o se recitasen poemas líricos de corte burlón. La explicación de ese clima se la da a las autoras uno de aquellos escritores, Tadeusz Kwietkowski: “Después de la guerra teníamos hambre de contacto humano, era la alegría de haber so-

brevivido”. En cualquier caso, en esos primeros decenios del telón de acero, Szymborska compatibilizó la bohemia con la militancia comunista, escribió poemarios estalinistas muy de la época, y apoyó (bochornosamente) un delirante proceso a la curia cracoviense que se saldó con ejecuciones.

Genuina voz poética

De esta etapa vemos aquí que abjurará *in toto* tan pronto se separe de su marido, se transfiera a un pequeño piso propio suburbial, y empiece a encontrar una genuina voz poética, esa capacidad de avistar misterio en las actividades más cotidianas, tan suya y tan inimitable. En ese descubrimiento de sí misma será determinante el que será el hombre de su vida, Kornel Filipowicz, un virtuoso de la prosa breve, y humanamente una especie de caballero andante polaco, noble y viril, del que ella se enamoró sin remedio. Las abundantes fotos que nos muestran a la pareja de picnic en el campo, pescando lucios (él) y recogiendo setas y arándanos (ella) hablan elocuentemente de la hondura de su relación, en la que, por otro lado, se respetaban mutuamente su intimidad, siendo como dos caballos que galopan juntos pero vuelven luego cada cual a su propia cuadra. En los 20 años que duró la *liason*, Filipowicz afirmó en ella ese don para capturar la infinitud del mundo y comprender a la vez que todo es importante. Y cuando en 1996, muerto ya él, recayó en Wislawa el Nobel de Literatura, la agraciada comentó de inmediato: “Lástima que Kornel no pueda verlo. Para mí significaría mucho más que los fastos oficiales”.

La biografía por lo demás patentiza qué terremoto representó para ella el Nobel. Mundializó su nombre, pero secó su inspiración (en los siguientes tres años, de tan solicitada estaba, que apenas escribió un verso). Y hubo de blindarse tras un joven secretario, y evitar transformarse de persona en personalidad. En este sentido ahí estaba, por cierto, su colega y también Nobel Czesław Miłosz, que iba de gran vate, mientras que ella supo conservarse modesta hasta el final. Bikont y Szczesna en fin cierran esta semblanza constatando que Wislawa agotó sus últimos años reflexionando sin cesar sobre una muerte que sentía rondarla. Lejos de interpretarla como una seductora a lo Pavese (“Vendrá la muerte / y tendrá tus ojos”), la vió y poetizó como una intrusa “sin sistema ni maña” que “en vano zarandeaba el picaporte / de una invisible puerta”. Y en el fondo de sí misma halló un convencimiento sobre la Parca: “Lo que uno haya vivido / no se lo podrá quitar”. |

Anna Bikont y Joanna Szczesna

Trastos, recuerdos

PRE-TEXTOS. 667 PÁGINAS. 29,70 EUROS

antología

Coincidiendo con su biografía, Nórdica Libros publica una antología (bilingüe) de Szymborska, *Saltaré sobre el fuego*, en traducción de Abel Murcia y Gerardo Beltrán, con espléndidas ilustraciones de Kike de la Rubia. Se reúnen poemas tan esenciales como *Un gato en un piso vacío*, *El odio*, *Nada dos veces*, *Amor feliz* o *El gran número*, en los que la escritora destila –según su presentador Juan Marqués– “la reconfortante malicia de una eterna niña traviesa”

LIBROS

Sábado, 9 mayo 2015

Cultural La Vanguardia

11